

De la resistencia a la liberación

Gustavo Esteva

Gustavo Esteva es un activista social e intelectual desprofesionalizado. Autor de numerosos libros y ensayos, es fundador y miembro activo de muchas organizaciones y redes nacionales e internacionales de la sociedad civil. Vive y trabaja en un pequeño pueblo indígena del sur de México.

Un nuevo tipo de iniciativas y movilizaciones populares cobra visibilidad en el amanecer del siglo XXI. Trae consigo un viento de esperanza.

Aún no es posible caracterizarlas. Las categorías convencionales no captan su novedad y originalidad. Nacen y florecen en horizontes de inteligibilidad y territorios de sentido que no encajan en los paradigmas dominantes.

Los hombres y mujeres reales que conforman las mayorías sociales del planeta, habitualmente descalificados como excluidos, marginales u oprimidos, se afirman en sí mismos, en sus culturas. Desde ellas elaboran nuevos términos para configurar sus empeños localizados de transformación y articularlos entre sí en cada vez más amplias coaliciones de descontentos.

Han aprendido de la experiencia histórica. Saben que las palabras, los conceptos, las categorías, son puertas de la percepción. Atribuyen buena parte del fracaso de sus luchas de las últimas décadas a haberlas concebido en términos ajenos a su realidad, inventados en los centros dominantes, que colonizaron sus cabezas y hasta sus corazones. Pero ya dejaron de ser sus súbditos, obedientes o rebeldes. Transforman ahora su tradicional resistencia en un empeño de liberación.

Su liberación comprende la crítica radical de los conceptos que hasta hace poco tiempo atraparon su imaginación y sus esfuerzos. Se plantean nuevas cuestiones. Abandonaron la obsesión por el desarrollo y la ayuda. Desgarran el marco de la democracia formal y el estado-nación. Rechazan el discurso de la globalización, tanto de globalifílicos como de globalifóbicos, y conceptualizaciones obsoletas, como Norte-Sur, Tercer Mundo o multipolaridad. Se afirman en las palabras ordinarias y el lenguaje común de sus múltiples culturas. Al cuestionar teórica y prácticamente el orden dominante, abrigan sus esperanzas en una nueva definición de sí mismos, de lo que son y lo que quieren ser.

Más allá del desarrollo y la ayuda

El 20 de enero de 1949 el presidente Truman pervirtió la construcción histórica del término desarrollo, al acuñar políticamente el de subdesarrollo. Anunció que la ciencia y la tecnología del mundo industrial permitirían que los subdesarrollados alcanzaran a los desarrollados y se instaurara una forma más justa e igualitaria de existencia mundial. Aunque el emblema fue concebido para consolidar la hegemonía norteamericana, lo adoptaron hasta los más decididos antiimperialistas y atrapó la fantasía mundial.

La gente común vivió la idea de desarrollo con ambivalencia: resentía los daños que causaba en su realidad natural y social, pero también la veía con fascinación. Bailó el son de todas sus modas: desarrollo económico, social, integral, global, alternativo, participativo, endógeno, sustentable, humano... Creyó en el diagnóstico del maldesarrollo general y en su meta implícita de un desarrollo bueno.

En los últimos años, sin embargo, logró descubrir su carácter pernicioso. Ya no se deja atrapar por ninguna de las variantes de la ilusión. Apoya en los hechos su nueva convicción. En 1960 los países ricos eran 20 veces más ricos que los pobres; 20 años después, gracias a los esfuerzos de desarrollo, eran 42 veces más ricos. La brecha se sigue ampliando, profundizando la destitución de las mayorías. La renovación de la promesa de cerrar la brecha, ahora en nombre de la globalización, ya no despertó su interés. No responde a los llamados de quienes, incluso desde sus propias filas, tratan de encontrar nuevas definiciones o estrategias de desarrollo para movilizarla.

En la base social cunde cada vez más la convicción de que la era del desarrollo ha terminado. Con ella termina también la "ayuda", que no era sino otra forma de promoverlo y uno de los principales negocios del siglo.

La gente común ha aprendido que la búsqueda de definiciones o estrategias de desarrollo distintas a las dominantes es contraproducente. La idea de desarrollo coloca a dos terceras partes de la población del mundo en una situación humillante e indigna, atrás o abajo de los "desarrollados", en cuyos expertos han de confiar para salir de ella. No pueden soñar sus propios sueños: el "desarrollo", en cualquiera de sus formas, traza su rumbo. Para librarse de esa condición indigna necesitan deshacerse de la noción misma, no sólo de ciertos modelos o estrategias, pues conlleva inevitablemente una forma de subordinación, apunta hacia una meta ilusoria y postula una definición universal de la buena vida que no sólo es inaceptable sino ridícula e inviable.

Más allá del desarrollo está la buena vida, en la diversidad de concepciones que en cada cultura establecen en qué consiste estar bien y cómo conseguirlo. Está la hospitalidad, que funda filosófica y moralmente el pluralismo, como actitud que asume conscientemente la pluralidad del mundo real y le da un sentido político.

Más allá del desarrollo está también la crítica radical de la ciencia y la tecnología dominantes, que sustentan la estructura de dominación en el supuesto de que son neutrales y positivas: constituirían un avance de la humanidad, en sí mismo benéfico, aunque pueda emplearse de modo perverso. Pero las tecnologías, las herramientas lo mismo que las instituciones, al igual que los "conocimientos científicos", expresan el sistema de conocimiento-poder que los genera.

Más allá del desarrollo está la apertura hospitalaria a la pluralidad de ciencias y técnicas del mundo real y a su evaluación crítica, para descartar las que socavan o destruyen la amistad y convivialidad que forman el tejido social que la gente común se empeña en recuperar y regenerar.

De la globalización a la localización

Frente a la transnacionalización de capitales y medios y la marejada mortal del ímpetu neoliberal, la gente común se arraiga en sus propios lugares, que les pertenecen y a los que pertenecen. Recupera y regenera sus ámbitos de comunidad, labrándolos con ingenio y coraje en el espacio sin forma del mercado o el estado.

La resistencia dió lugar a múltiples formas de localismo. La gente percibe ahora que eso no basta. Las fuerzas en curso arrasarán con todos los localismos. Sin perder piso, afirmándose en su propio suelo físico y cultural, se abre ahora a amplias coaliciones de otros como ellos. Esta

iniciativa, opuesta simultáneamente a la globalización y el localismo, puede denominarse localización.

Diversos localismos se afirmaron en identidades locales, religiosas, étnicas, clasistas, nacionales... La gente descubre ahora que las identidades no son sino la cosificación de construcciones abstractas, que individualizan y masifican a la vez. Dejarse llevar por los impulsos que reducen a las personas -nudos de redes de relaciones reales- a individuos -átomos de categorías abstractas- y los llevan a identificarse con una masa -definida por un elemento que se supone idéntico en todos ellos- crea la posibilidad de la manipulación: los subordina a dirigentes o aparatos que controlan a las masas en nombre de la unidad y la igualdad.

En vez de seguir atendida a ilusiones homogeneizantes, la gente común está creando la comunión de los diferentes, dándole valor político mediante el rechazo común a lo que no quieren. Esa política del "no" afirma y celebra múltiples "síes": la diversidad de ideales de vida y proyectos políticos que buscan coherencia en la pluralidad real, no en la ilusión perniciosa del progreso ilimitado.

Frente al parroquialismo de las corporaciones transnacionales, encerradas en la definición miope de su propio interés, se levantan las múltiples concepciones cósmicas de los diferentes, de los localizados, de quienes en sus propios lugares descubren que David puede siempre vencer a Goliat si lo combate en su propio territorio, no en el de su enemigo, y en coalición con otros muchos dauides.

En esta nueva vena, se aparta por igual de los sacerdotes del libre comercio y de los herejes del proteccionismo. Unos exigen confiar en el mercado y otros en el Estado. Pero la gente común, que desconfía por experiencia de los capitalistas y de los burócratas, sin importar su ideología o intenciones declaradas, consciente de que el proteccionismo nunca la protegió y el libre comercio arrasa con su realidad, reclama para sí misma, a escala local, el control de todos los intercambios, materiales o culturales, para escapar así de la lógica del capital.

Más allá de la democracia formal

La victoria universal de la democracia formal ha llegado acompañada del desencanto con sus supuestos méritos. Se abandona el sufragio, hasta en las sociedades en que ese régimen parecía claramente consolidado, a medida que se desvanecen las ilusiones sobre el sistema de representación.

Se reconoce en todas partes que el pueblo es la única fuente legítima del poder político. Pero en las sociedades democráticas la gente no tiene más poder que el de transferirlo a una minoría autoelegida. Los partidos y los medios secuestran a la democracia. En ella, una minoría del pueblo define el partido que ejercerá el poder; las cúpulas del partido distribuyen los cargos y sólo unas cuantas personas promulgan la Constitución y las leyes y toman todas las decisiones importantes.

Las sociedades democráticas operan actualmente como conjuntos de corporaciones anónimas, cada una de las cuales produce alguna forma de "bienestar". Periódicamente se convoca a los diversos bloques de accionistas, agrupados en partidos, para constituir una nueva administración. Y esas corporaciones no son ya, solamente, las de capitales nacionales o transnacionales. Son también las de los grandes gremios profesionales o laborales a su servicio, que al defender su dignidad e ingresos defienden también el sistema que los mantiene bajo control.

Frente a las ilusiones de la democracia formal, basada en la vieja concepción elitista de que alguien tiene que gobernar a la gente, se levanta con creciente vigor la convicción alternativa de que la gente puede gobernarse a sí misma, si cuenta con cuerpos políticos apropiados para ello.

Más allá de la democracia formal, el rostro político de la globalización, se levanta ahora la esperanza de la democracia radical, del poder del pueblo, en que la democracia no es un tipo de gobierno o una forma para constituirlo, sino el fin del gobierno y una condición de la vida cotidiana necesariamente localizada. La democracia no puede estar en otro lugar que en aquel en que la gente está.

La transición política que hoy se impulsa desde la base social utiliza la democracia de representación como un marco formal provisional, para la libre recreación de cuerpos políticos en que la gente no sólo pueda tener el poder, sino también mantenerlo y ejercerlo directamente.

El momento resulta oportuno para intentarlo. El estado-nación, una estructura de dominación, se encuentra expuesto al doble desafío de la transnacionalidad corporativa y las reivindicaciones autonomistas locales o étnicas. La transferencia de las funciones tradicionales de los estados a estructuras macro-nacionales no resuelve las contradicciones existentes, que a menudo conducen a la violencia. Se crea así la tensión necesaria para ponerle conscientemente fin a ese diseño. En algunos casos, como en Africa, los países fundados artificialmente como estados por los poderes coloniales se disolverán junto con ese sistema jurídico-político, para dar lugar a nuevas formas de organización social culturalmente determinadas. En otros casos, cuerpos políticos auténticamente democráticos, que asuman las funciones tradicionales de los estados, retendrán rituales y formas de los países actuales, pero despojando a los cuerpos centrales de capacidad política y atribuyéndoles sólo funciones administrativas generales.

Las iniciativas de democracia radical cuestionan cada vez más, desde la base social, la doctrina de los derechos humanos, que ha estado presentándose como el rostro ético de la globalización. La gente común ha empezado a descubrir en ellos el caballo de Troya de la recolonización. Sin dejarse atrapar por el discurso cínico de algunos déspotas que los critican con argumentos culturales para violarlos sin recato, enarbolan sus propias normas morales, en toda su riqueza y diversidad, como clave para buscar armonía en el tejido social, desde la comunidad hasta el pluriverso que define la condición real del planeta.

Por un mundo perdurable, pluralista y convivial

Seattle y su secuela revelaron algunos aspectos de la extensión y vigor de las movilizaciones emergentes. Pero su naturaleza queda mejor ilustrada por el movimiento zapatista. Desde el sur de México, comunidades predominantemente indígenas revelaron que el emperador está desnudo. Se animaron a decir ¡Basta ya! a 500 años de colonización y 50 de "desarrollo". Al rechazar por igual el catecismo neoliberal y las oraciones social-demócratas, plantearon alternativas a la globalización y a toda su carga teórica y práctica.

Abrieron así una esperanza de renacimiento. La esperanza es la esencia de los movimientos populares. Y esperanza, como ha dicho Vaclav Havel, no es la convicción de que las cosas saldrán bien -lo que no es sino una arrogante forma de dogmatismo-, sino la convicción de que algo tiene sentido, independientemente de lo que resulte.

Las iniciativas y movilizaciones que se tejen ahora desde la base social no postulan nuevas utopías para la "sociedad en conjunto", que es siempre el resultado de innumerables procesos, en

su mayor parte impredecibles. Liberadas de la tiranía de los discursos globalizantes de todos los matices ideológicos, se abren a la creación de un por-venir que tiene, como el arco-iris, colores brillantes y difusos, y como él es siempre inalcanzable.

Recuperan así el sentido original de la palabra prosperidad: del latín pro sperere, de acuerdo a la esperanza, cuando ejercen un ánimo que desgarrar la dicotomía obediencia-rebeldía en un auténtico espíritu de liberación. En sus términos, el diálogo no es el encuentro de los diferentes sino la capacidad de trascender el logos, el sistema conceptual de cada una de las partes en diálogo, desde sus diversas culturas, en la búsqueda de auténtica comunión.

Mexico, 8 de enero de 2001

*Centre Europe-Tiers Monde (CETIM)
Rue Amat 6
1202 Genève
Suisse
www.cetim.ch*